

Los DH provenientes de un largo pasado y como medida de nuestro ambiguo presente nos abren futuro. Nos impulsan en la dirección correcta de aprecio, respeto y potenciación de la condición humana.

¡No hay derecho!

Rolando Alvarado López

En el 50 Aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

Con esta frase resume Jon Sobrino la experiencia que subyace en la promoción y defensa de los llamados Derechos Humanos (DH), una experiencia de indignación, de repulsa ante la percepción en la propia piel y/o en la ajena de que algo muy nuestro, muy característico de lo humano, ha sido o está siendo maltratado, avasallado y negado.

La celebración del 50 Aniversario de la Declaración Universal de los DH es también un recuerdo evocador de lo urgente, actual y peligroso que resulta la tarea de promover esos derechos. Basta con asomarnos a los diversos escenarios en que se desenvuelven nuestras existencias para constatar las múltiples situaciones de menosprecio de la vida humana: guerra, tortura, hambre,

desempleo, discriminación cultural, explotación laboral y sexual infantil, terrorismo, etc., para captar lo lejos que estamos de haber alcanzado la meta que nos hemos señalado: respetar, por encima de todo, lo humano de cada uno de los hombres.

Algo más que "declaraciones"

Como sabemos la Declaración Universal de los DH se llevó a cabo al poco tiempo de haber concluido la Segunda Guerra Mundial. Lo padecido en esa guerra fue tan terrible y doloroso que los pueblos, naciones y gobiernos se comprometieron a no pasar de nuevo por ello. Para prevenir esa posibilidad se optó por extirpar la raíz que lo alimenta; la tendencia, que se impone una y otra vez, a someter la condición humana; a situarla por debajo de intereses económicos, de organizaciones políticas, de pertenencias culturales, de confesiones religiosas, etc.

No perdamos de vista que los DH son mucho más que prescripciones jurídicas y contratos políticos, aunque si los DH no se plasman en legislaciones cuya violación o incumplimiento constituya delito se quedarían en vaguedades.



encendidas exhortaciones y buenas intenciones. Y ya sabemos que éstas no conducen a ningún lado.

Pero este nivel más inmediato y básico para la convivencia social puede oscurecer la mayor riqueza y fuerza interior que encierran los DH. Estos son un producto histórico, una conquista de los hombres. Su defensa y formulación vienen de lejos. Los estudiosos hablan incluso de tres generaciones en su establecimiento: (políticas e individuales, económicos, y culturales). Al margen del acierto o no en esta periodización, urge resaltar que esos derechos no han surgido de la nada. Son resultado del esfuerzo y quehacer de los hombres, incluso de su sangre. Muertes como la de cientos de defensores de los DH nos recuerdan y ponen en primer plano que ha sido el duro y aventurado bregar histórico de los hombres lo que ha reivindicado su dignidad, solemnemente declarada hace cincuenta años, pero que lleva siglos tras de sí en su trabajosa y muchas veces heroica afirmación.



Resaltar que los DH son un producto histórico permite enjuiciar quizá con mayor objetividad nuestro presente. Es innegable que el nuestro es un presente paradójico, pues por un lado se ha avanzado mucho en la formulación y justificación teórica de los DH y ya no digamos en su defensa práctica. Pero, por otro lado, nuestro presente pone en evidencia que el camino de humanización no está asegurado ni es irreversible. La violación puntual y sistemática de los DH que se detecta en el hoy de nuestra vida y nuestra historia, anuncia la necesidad de retornar el camino ya trazado en el pasado: Ir descubriendo, ahondando y haciendo valer nuestros derechos. Es decir, ir estable-

ciendo un nuevo y positivo futuro. Sobre todo en esta hora histórica en cuyo ambiente cultural algunos piensan y difunden que el estado de cosas en que nos movemos es lo máximo que podemos alcanzar, que debemos resignarnos a que cada año mueran de hambre más de 30 millones de personas, a que se masacre y torture impunemente, a que estemos destruyendo ecológicamente el planeta, etc.

La primacía de lo humano

Los DH son, ante todo, las aspiraciones que conforman el tejido de la condición humana.

Los hombres hemos sido definidos desde antaño como seres racionales, carenciales e inacabados. Nuestra esencia, lo que nos hace ser hombres, no es algo fijo o estático. La vamos descubriendo, ejerciendo y definiendo con el correr del tiempo y según las posibilidades que vamos heredando y actualizando.

Los DH expresan, mejor que cualquier sesuda teoría, que lo humano es inagotable en su concreción. Los hilos que tejen nuestra condición son esas aspiraciones que hemos ido recibiendo, batallando y legando. Llámesse libertad, justicia o solidaridad, según sea la sensibilidad de la época y de la cultura, el caso es que toda mujer, todo varón, que se considere un ser humano no renuncia a su deseo de plenitud, de mejorar positivamente su presente, de alcanzar el máximo posible de realización personal y social. Con los DH hemos ido dando cuerpo y figura a esas aspiraciones. El contenido de lo que los hombres somos y anhelamos ser lo recogemos, expresamos y postulamos como DH.

Los DH son deseos que formulamos como ideales que nos sirven de meta, de motor para el crecimiento personal y para la

mejora de la convivencia social. Los DH poseen capacidad de orientación, de dirección, de trazado de camino para nuestro quehacer cotidiano porque son los ideales mejores que hemos ido descubriendo y promoviendo. En momentos de mezcla y contradicción de ideales como en el que, según analistas sociales y culturales, nos encontramos, los DH pueden y deben ser tomados como los ideales idóneos que difundir y realizar.

Estas aspiraciones inciden además en nosotros como aquello que nos permite estimar positiva o negativamente la diversidad de situaciones, personas, proyectos, discursos, etc., en que nos movemos. Es importan-

te y urgente, para el buen estado de la vida personal y pública, aclaramos sobre lo que estimamos y cómo lo jerarquizamos (puede ir desde la indiferencia hasta la admiración y el entusiasmo). Los contenidos son variados y multiformes: pero poseen la capacidad de abrirnos a ser afectados y dinamizar nuestra valoración. Pues bien, los DH pueden ser estos valores concretos.

Las valoraciones reales que hacemos y tenemos de las cosas, las personas y situaciones, se suelen mostrar como tales en nuestras reacciones prácticas. En dichas reacciones lo que valoramos adquiere el estatuto de obligación y exigencia ética. Somos seres inevitablemente morales nos recordó de continuo José Luis Aranguren inspirado en su maestro, el filósofo Xavier Zubiri. Los sistemas morales son muy diversos en su contenido, pero todos responden a esa interna e irrefragable constitución moral humana.

Los DH poseen esta dimensión ética. Resultan obligantes en conciencia en cuanto otorgan contenido moral a lo que en nosotros es estructura y actitud. En tiempos de relatividad moral como los actuales, asumir los DH como "deberes" que cumplir y realizar puede impedir que desemboquemos en el caos social y la anarquía ética sin que para ello fengamos que lmos al extremo de la imposición externa e interesada de obligaciones pseudo-universales que a la hora de la verdad no son más que la extensión de un determinado canon moral religioso o cultural.

Jean Paul Sartre sentenció al hombre como "pasión inútil", la condición humana está anidada de pasión, en una aspiración fogosa y caudalosa. ¿Es necesariamente inútil? Hay quienes consideramos que no lo es, mejor, que apostamos a que no lo sea. Y para ella creemos encontrar en los DH el cauce adecuada y oportuno de ese caudal de aspiración.

Los DH en la medida en que se nos presentan y rigen como ideales, valores y obligaciones para todos los hombres, otorgan dirección y sentido a esa constitutiva pasión y ardor en que consistimos las personas. Pasión vulnerable, lábil y de difícil conducción pero no necesariamente absurda. La emergencia y defensa de los DH testimonian esa fragilidad de lo humano, y también su fascinante sentido.



¿Universales?

Una de las críticas más frecuente a la Declaración de los DH consiste en señalar que la Declaración y la comprensión de los DH es claramente occidental, ajena, por lo tanto, a otras tradiciones culturales, la mayoría de ellas ancestrales y tan válidas como la de Occidente, en su comprensión de lo humano y su correspondiente dignidad. Es una crítica incisiva y recurrente que requiere algunas puntualizaciones.

Es verdad que la teoría, las formulaciones y comprensiones que circulan sobre DH poseen un origen y un contenido de matiz occidental. Ha sido Occidente el padre de la criatura, de la formulación, pero no sólo en Occidente ha ocurrido ese batallar por poner lo humano por encima de vejaciones y atropellos. Basta con echar una mirada honesta a las diversas tradiciones culturales de otros pueblos para detectar en ellas procesos análogos a la que en Occidente se entiende por historia de los DH.

Todos los pueblos poseen una antropología que subraya unas determinadas dimensiones de la persona y una concreta comprensión de en qué consiste ésta. La cultura occidental ha destacado por enfatizar la dimensión cognitiva de los hombres, sobre todo, en su línea científico-técnica. El torrente de conceptualizaciones occidentales en ocasiones se ha fendido y se tiene por el único y el mejor. Esto obviamente carece de fundamento. En el caso que nos ocupa no debemos quedarnos en la teorización lograda sino en reconstruir en la propia tradición cultural, la experiencia y comprensión de esa búsqueda reivindicadora de los DH para, desde ella, entrar en un diálogo mutuamente enriquecedor. Y no, como suele suce-

der, apelar a ese origen y comprensión occidental para impedir de manera mezquina e interesada, por parte de gobiernos no occidentales, que se enjuicie desde los DH el estado de salud y/o enfermedad social en que se puede tener a los diversos pueblos.

La razón última de lo anterior reside en que los DH poseen un carácter crítico con respecto a las tradiciones culturales. Es parte de los DH la idea de que los pueblos tienen derecho a su especificidad cultural, a su propia identidad. Si esto es cierto, lo cual nos demanda un mayor aprecio por las diversas tradiciones culturales, no menos lo es el que las culturas no son lo último de los hombres. Estas son, tal como lo refleja la comprensión de cultura como cultivo de la vida humana, algo penúltimo. Las culturas concretan la condición humana. Pero si bien concretan la humana también la limitan, le trazan fronteras, por lo que se requiere algo metacultural que sirva de instrumento de evaluación y de motor dinamizador del específico cultivo de la vida humana en que cada cultura consiste.

Los DH pretenden ser ese instrumento y funcionar como ese motor, de modo que en cada cultura vayan desapareciendo las vejaciones de las personas que la conforman. En este sentido, y a mi modo de ver, tiene sobrada y afinada razón Fernando Savater cuando dice que "¿iguales todas las culturas? No es cierto. Aquella que convierte en institución la hospitalidad para todos y obtiene su fuerza colectiva de la armonización de lo diverso es mejor que la tribu encerrada en el modelo único dictado por la soberbia de unos pocos" (El País Semanal, 24 mayo 1998). Todas las culturas, sería absurdo y prepotente pretender lo contrario, son válidas y legítimas, pero no todas "valen" lo mismo. Su mayor o menor valía la podríamos y deberíamos medir según el respeto y defensa de los DH, pues son estos los que precisamente obligan y mueven a respetar las diferencias e impulsan a hacer de este planeta un hogar habitable para todos en el que prevalezca la hospitalidad y no el desprecio y la exclusión.

El carácter crítico de los DH se constata en que habiendo surgido en Occidente como teoría y como propuesta programática de organización de la convivencia entre naciones y en lo interior de cada una de ellas, es el arma más poderosa con que contamos en la actualidad para desvelar los masivos y graves atropellos que se dan en las mismas sociedades occidentales. Sobre el propio Occidente ha revertido la capacidad demoleadora que poseen los DH ante cualquier intento de pisotear a las personas y sobre el

también incide el equipaje que brindan para ir abriéndonos un futuro mejor y distinto para todos.

Reflexiones

Para terminar hagamos dos reflexiones. La primera se refiere al papel y lugar que ocupan las religiones en torno al asunto de los DH. Es cada vez más diáfana nuestra conciencia de que nuestro mundo no sólo es diverso culturalmente hablando sino también pluralmente religioso.

Es innegable el potencial positivo que reside en las grandes religiones de cara al aprecio que se les debe a las personas por el mero hecho de serlo; pero la experiencia también enseña que en nombre de convicciones religiosas se han cometido y se cometen bárbaros atropellos. En este sentido, también las religiones pueden y deben ser evaluadas, desde el punto de vista de la convivencia social, por algo meta-religioso. La defensa, promoción y respeto de los DH se nos presenta como ese posible metacriterio.

Algunas religiones, como el cristianismo, testifican no tener ningún inconveniente en sumarse a esa defensa irrenunciable de la dignidad de las personas como algo último y fundamental. En el cristianismo, en concreto, esa ultimidad se afirma en que las personas son dignas no sólo por el mero hecho de serlo sino por su interna sacralidad de ser hijos de Dios. Esta convicción cristiana no niega que las personas sean dignas de por sí sino que pretende radicalizar aún más, si cabe, esa valía de lo humano.

La segunda reflexión apunta a lo que significa educar en este cambio de siglo. Los padres y los maestros nos enfrentamos día a día a lo complejo y difícil que resulta ir formando auténticas y maravillosas personas. No pocas veces nos quedamos perplejos, sin saber a qué acudir para ir cultivando en los hijos y en los alumnos criterios que les sirvan de instrumentos vitales para su propia realización humana y para la de la humanidad en general. Los DH resultan apropiados para constituirse en esos criterios. Quienes se han arriesgado a ello saben por propia experiencia la fecundidad que encierran para tan delicada y urgente tarea. Y resultan fecundos porque al recoger en forma de ideales, estimaciones y deberes, la urdimbre de aspiraciones y deseos que anidan y conforman a nuestros hijos y alumnos, les encausa y acrisola, haciendo de la educación la *paideia* o formación integral que desde antiguo buscaban y llevaban a cabo los magníficos educadores griegos. ■